



DANIEL VILLALOBOS

# EL SUR

LIBROS DEL LAUREL

# EL SUR

DANIEL VILLALOBOS

*Para Vidia, que fue la primera en leer esto*

Pinta tu aldea y se te acabará la  
pintura y te cagarán a patadas los  
vecinos.

MIGUEL REP

Ay, qué miedo me da esta claridad  
innecesaria de la memoria.

ANTHONY BURGESS

## EL SUR EN MI CABEZA

Anoche soñé con George Carlin. Era de noche y estábamos dentro de un departamentito interior en el fondo de un patio oscuro. Él tenía un suéter negro y se veía más viejo que nunca. Hablaba en inglés y yo le contestaba en español. Le decía «usted es George Carlin, ¿tiene frío?», y él me decía que no, que temblaba por temblar. Había más gente en la casa, pero no recuerdo sus caras y a él le daban miedo. Me decía «no me dejes solo» y yo le explicaba que me tenía que ir. No sabía qué preguntarle. Era George Carlin y no decía nada gracioso. Los demás le hablaban, pero solo me contestaba a mí. Me agarraba de la manga de la chaqueta como si fuera un mendigo pidiendo monedas. Hablaba sin levantar la vista. Lloraba como lloran los viejos. De pronto yo reconocía el lugar: era el departamento interior donde vivió mi mejor amigo justo antes de salir de la universidad. Era el sur. Qué está haciendo usted aquí, le decía, usted es George Carlin, qué hace acá.

No lo sé, me decía él, no reconozco nada. Creo que estoy en el infierno.

## EL SUR Y LA POBREZA

Decir que eres pobre puede tomarse como un gesto de rebeldía o desafío. Decir que fuiste pobre de niño es delatar una pertenencia a una casta de la que nunca terminas de fugarte.

Cuando yo era chico, mi familia era muy pobre. Que no tenga exactamente claro a qué me refiero con «mi familia» es otro dato aportado a la causa de haber sido pobre.

Después de que mis padres se separaran, mi vieja se hizo cargo de dos hijos siendo una mujer de veintitantos sin educación universitaria, en el sur chileno en la época de la recesión. Mi viejo era carabinero y una parte de su sueldo iba a nuestra manutención. Pero el asunto era el siguiente: mi viejo opinaba que mi hermano menor y yo debíamos vivir con él, en la casa de mis abuelos paternos. Mucha gente de la familia compartía esa opinión.

Mamá estaba sola en ese debate.

En la casa de mis abuelos paternos no faltaba nada. No eran acomodados, pero siempre había buena comida en la mesa, televisión, agua caliente, algo de dinero para el circo o el cine. En nuestra casa, durante largos períodos, faltaban dos o tres de esas cosas.

Una vez, mi vieja llegó llorando, vestida con traje y tacos. Venía de su trabajo como secretaria. Me echaron, dijo. Me echaron. Lloraba y yo tenía diez años y recuerdo que la luz del living estaba apagada y que mi hermano dormía en su pieza.

Pero antes de eso, antes de la estabilidad de ese trabajo con horario y sueldo a fin de mes, mi vieja fue garzona en una fuente de soda llamada El Deportista. Entre esa época y su despido como secretaria hay una zona gris donde se confunden veranos, colegios y tiempos de vacas flacas.

Uno de mis primeros amigos en Santiago vivía en La Cisterna, en la casa de sus padres. Me dijo al pasar que había crecido en ese lugar. Tenía veinticinco años. Recuerdo que parpadeé y saqué cuentas mentalmente: yo había vivido en una docena de casas entre los cinco y los veinte. Algunos de esos lugares no dejaron rastro. No tengo memoria de haber vivido en un par de domicilios en el barrio de Santa Rosa en Temuco, aunque hay gente que me ha dicho que sí lo hice. A veces tengo breves recuerdos de niños con los que jugaba, una pelota amarilla, un apodo, una pichanga donde el sol pegaba sobre las ventanas sucias de algún edificio de cemento.

Fui feliz, a ratos. Ningún recuerdo de infancia es enteramente triste y supongo que eso le pasa a todo el mundo. Pero tener hambre es otra cosa.

Hubo una época, en un barrio, en una casa fea y sucia, en que tuvimos hambre. Mi vieja estaba cesante. No recuerdo todos los detalles, pero ir a casa de mis abuelos, ver a mi padre, era un problema. Nos acribillaban a preguntas. ¿Su mamá está trabajando? ¿Tienen leche? ¿Quieren comer más? ¿Su mamá llega tarde? ¿Lleva hombres a la casa?

Había una lucha intestina en la que con mi hermano éramos juez y parte. Mi viejo —que tenía otra mujer— insistía en que debíamos irnos a vivir con ellos. Mi vieja resistía.

Comíamos ulpo con leche. El ulpo es una mazamorra de harina tostada de la que te hartas a las tres cucharadas. No sé qué comía ella. En mi colegio daban almuerzos a los niños cuyos padres pedían el beneficio. Pero pedirlo implicaba ir, hablar, firmar algún papel. Y siempre estaba la posibilidad de que tu hijo se fuera de lengua en algún almuerzo dominical y así la otra familia se enteraría de que el niño comía raciones de Osiris.

No juzgo a mi padre. No era un mal bicho. Solo estaba sentado esperando a que se resolviera un gallito personal entre él y la madre de sus hijos.

¿La mamá está trabajando? ¿Tienen leche? Sí, obvio.

Una sola vez fui al casino del colegio, empujado por un compañero. Pedimos las bandejas. La cocinera me miró y me dijo: Tú no eres de la lista. No, le dije, no estoy. Entonces, me preguntó. Me quedé callado, muerto de vergüenza. Estos cabros, dijo ella, y me tiró los platos en la bandeja: Ahí tenís. Eran garbanzos, creo. Vieja culeada. Ojalá haya muerto sola y comiéndose el colchón.

Cortaron la luz. Nos acostamos con las gallinas varios días. Luego, de alguna forma mi vieja consiguió plata prestada y volvió la electricidad. La casa tenía un pertinaz aroma a encierro porque no la limpiábamos. El refrigerador funcionaba, pero estaba vacío y olía a plástico.

Un día, mi vieja nos dijo: Va a venir una asistente social. Mi hermano era muy chico, pero yo sabía lo que significaba y quién la había enviado. Esa misma tarde habíamos estado viendo tele en casa de los abuelos, que entonces vivían a siete cuadras.

Las casas. La mayoría de las casas estaban en el mismo barrio.

Limpiamos todo. Recuerdo que un día desperté y escuché las voces en la cocina. Mi mamá me estaba llamando. Fui. Una mujer con falda y chaqueta estaba sentada a la mesa. Tenía una carpeta de plástico. Me saludó, me hizo preguntas. Instruido por mi vieja, contesté la verdad, salvo un par de detalles. Anotaba todo. Me quedaba mirando. Sonreía mucho y eso me ponía nervioso. Que no se despierte mi hermano, pensaba, o va a echar a perder todo.

Bueno, como puede ver, dijo mi vieja en un momento, yendo hacia el refrigerador.

Me congelé. El coso llevaba días vacío.

Mi madre abrió la puerta y era como un congelador de supermercado. Yogur, leche, margarina, fruta, huevos. La asistente se inclinó y echó un vistazo. ¿Los niños comen carne, por ejemplo?, preguntó. Sí, dijo mi vieja, comen de todo. La asistente rellenó un par de casilleros, hizo algunas preguntas y se fue.

Al rato le pedí un yogur a mi vieja. No, me contestó.

Entonces metimos todo en bolsas y salimos a la calle. Dimos vuelta a la esquina y mi vieja tocó el timbre de un portón de lata. Salió una mujer, la mamá de un niño negro y petiso con el que yo jugaba. Se saludaron, mi vieja le devolvió la mercadería que le había prestado y nos fuimos. Ella también era separada.

No recuerdo bien qué pasó después. Un día, mi mamá encontró trabajo. Otro día, empezamos a embalar y a guardar todo en cajas.

Muchos años después, una noche en que los dos nos habíamos quedado solos en la mesa luego de la cena de Navidad, le comenté esta historia y ella dijo que no era cierta. No fue así, me dijo. Yo levanté las manos y dije, bueno, es tarde, me voy a acostar. Entonces pensé que era natural no querer recordar las vacas

flacas. Ahora pienso, creo, que los recuerdos de mi vieja pueden ser incluso peores.

Con el tiempo las cosas se arreglaron. No mucho, nunca demasiado, pero bastante bien para los estándares del sur. Internado mediante, pude estudiar en un liceo de Temuco mientras mi familia vivía en Puerto Saavedra, y luego entré a la universidad a estudiar periodismo.

¿En serio no quieres estudiar derecho?, me preguntó ella.

No, le dije, quiero periodismo.

Te vas a morir de hambre, dijo mi viejo sentado en una casita de población a trescientos kilómetros de Puerto Saavedra. Conozco a un periodista del *Diario Austral* que andaba en una bicicleta cagona cuando yo era paco —continuó—. Ahora está guatón y viejo y sigue andando en la misma bicicleta cagona. Estudia derecho, indio. Los abogados cobran cien lucas por firmar un papel.

Pero en ese punto, como en tantos otros, la opinión de mi padre había perdido peso con los años.

En todo caso, como varios de mis compañeros, no dejé de ser pobre solo por obtener un título de la universidad. Vivo al día, pago arriendo, apenas ahorro. Como dicen los gringos, tres meses sin sueldo me separan de vivir bajo el puente. Pero ser pobre, al menos para mí, es otra cosa. Es un malestar que tuve durante años, cuando recién viví solo en Santiago y arrendaba un departamentito de un ambiente en la calle Viollier. Era ese malestar que me daba pesadillas, unos sueños sin monstruos ni persecuciones, donde solamente llegaba alguien y me decía: Hubo un error. Esta no es su casa. Estas cosas no son tuyas. Tiene que irse.

A veces vuelvo a tener esos sueños. Se van con la mañana y no pienso en ellos, pero son muy parecidos. Alguien viene y me informa, sin dudar, sin emoción, que hubo un error y que se acabó, que tengo que irme, que no tengo nada, que sigo siendo pobre.

— — —

Con mi vieja esa vez pusimos todo en cajas y forramos la mesa de formalita para que no se dañara en la mudanza. Subimos todo a una camioneta arrendada. No sé por qué, me dio vergüenza decirles a los otros niños del barrio que nos íbamos y solo se enteraron cuando nos vieron cargando los muebles. Recuerdo que sujeté una silla para que mi vieja se subiera y, con mucho cuidado, destornillara las bombillas del techo.

La casa sin muebles tenía ecos de colegio en diciembre. Olía al pasto del patio del fondo y al cerezo de los vecinos. Mi hermano estaba afuera, creo, y mi vieja caminó hacia la puerta y había mucha luz de ese sol de la tarde, luz polvorienta y amarilla porque entraba por unas ventanas que nunca limpiamos.

Bueno, vamos, dijo ella.

Entonces cerramos la puerta y nos fuimos del barrio.